

EL “ESTRÉN”

Tercer Premio

Jorge Mejía

El abuelo levantó la tapa del viejo baúl y comprobó, decepcionado, que las bolitas blancas contra las polillas, que había comprado a un vendedor callejero, no habían dado resultado. Los invisibles insectos se habían saciado con el único pantalón que tenía para estrenar en la Semana Santa. Pasó las yemas de sus dedos por la tela, que se deshizo con el roce. Maldijo entonces, en un raptó de furor y frustración, pero reaccionó al instante, avergonzado de haber proferido palabras pecaminosas justo hoy, que se había confesado para comulgar el Jueves Santo.

Había dos fechas del año en que las gentes de la comarca acostumbraban lucir vestimenta nueva, o al menos más elegante que la que estilaban los días comunes. Eran estas dos efemérides la Semana Santa y la Navidad. Dejaban los hombres de lado entonces el trajinado pantalón de dril y la camisa descolorida por mil usos y mil lavadas. Particularmente en la Semana Mayor el ponerse la ropa de diario era señal de desprecio por los días sagrados, y quien tal cosa hacía era tildado de irreverente y públicamente se le avergonzaba ante la comunidad.

El viejo cerró el cajón de pino y, sentado sobre él, caviló por largo rato cómo solucionar lo de su “estrén”. Faltaban dos días para el Jueves Santo, y encargar otro traje, por muy rápido que lo recibiera, tardaría una semana, o sea después de la Resurrección, y para entonces su nombre estaría ya en boca de los pobladores de la aldea y en la lista negra del cura. Y la cosa era grave en verdad, pues muchos debieron tomar las de Villadiego cuando cayeron en desgracia con los feligreses y con el párroco local.

El abuelo había encargado este pantalón de paño, junto con la camisa blanca de mangas largas, un par de zapatos negros y un par de medias, a un peón de esos que viajaban por el país de cosecha en cosecha. Por lo tanto, la encomienda demoró exactamente un año en llegar. Y de eso hacía ya cinco Navidades.

Pasados los días santos, la abuela limpiaba con un trapo húmedo el pantalón de paño y lo doblaba meticulosamente. La camisa era lavada sobre una piedra a la orilla del río, dejada en remojo por una noche y almidonada para lograr una textura rígida. Las medias, lavadas igualmente, se enrollaban y se introducían en los zapatos recién lustrados. El ajuar pasaba guardado doce meses en el baúl de pino hasta la siguiente Semana Santa, si no era usado en las próximas Navidades.

Había un solo sastre en el pueblo y por esos días estaba muy ocupado con los pedidos del alcalde y de uno que otro aldeano pudiente que podía darse el lujo de estrenar traje nuevo en dichas celebraciones. También copaban el tiempo del sastre las adecuaciones de trajes usados que algunos mandaban ampliar porque sus barrigas y nalgas habían crecido, o las modificaciones de prendas que algunos heredaban de sus parientes o les eran donadas. En resumen, su labor era acomodar a cada cual en sus trapos para lucir correctamente en la Semana Mayor o en la Natividad del Señor.

De nuevo abrió el viejo el mueble y, sacando una por una las prendas, las fue colocando ordenadamente sobre el piso. La camisa blanca conservaba todavía la dureza del almidón, que había evitado la voracidad de las polillas. El pantalón, totalmente roído, era irrecuperable. Los zapatos y las medias, conservados en su bolsa de plástico, estaban a salvo.

Para su sorpresa, debajo de todo aquello descubrió un paquete con documentos que incluían las escrituras de la finca y de la casa del pueblo, y las partidas de bautismo de los doce hijos. Había otro con cartas de su hija que estaba en un convento de clausura, y uno más, de mayor tamaño, cuidadosamente sellado. Lo sacó y lo abrió, y quedó sorprendido al encontrar dentro de él una sotana.

Su hijo menor, Claudio, había estado en el seminario, pero declinó su vocación cuando supo que no podía ser fiel a los votos de castidad, sin contar con que el color negro de la sotana le recordaría siempre que había muerto para el mundo. Dedujo entonces el abuelo que el seminarista retirado había escondido en el baúl la evidencia de su paso por el seminario.

Este hallazgo dio una idea al viejo para sustituir el “estrén” echado a perder. Las polillas, milagrosamente, habían respetado el hábito religioso. Y esto encerraba algún mensaje divino, se dijo el abuelo.

El Jueves Santo se vio al viejo en las calles del pueblo con la sotana negra, confundido en medio del gentío que lucía trajes nuevos o reparados. Igualmente fue visto con la misma vestimenta el Viernes y el Sábado santos y el Domingo de Pascua.

Y desde esa Semana Santa vistió todos los días, hasta morir de viejo, aquella negra sotana, que no se quitó nunca más por temor de que su “estrén” fuera pasto de las polillas como su pantalón nuevo.